

JULIE KLASSEN

*Donde se ocultan
las mariposas*



Una bella historia de amor y sacrificio ambientada en la época de la Regencia inglesa, al estilo de Jane Austen.

Cualquiera puede cometer un error y, desde luego, la hija de un vicario, también. Por eso, Charlotte Lamb tendrá que pagar por el suyo y apartarse de la sociedad. Decida a ocultarse a ojos de todos, se refugia en Milkweed Manor, una casa londinense que intimida con su sola presencia y de la que todos hablan, pues se dice que sus paredes ocultan oscuros secretos.

Lo peor de todo es que, una vez allí, volverá a aparecer en su vida un antiguo pretendiente, alguien cuyo pasado no está claro. Tanto él como ella quieren proteger a aquellos a quienes aman. Lo que no imaginan es... el enorme sacrificio que supondrá hacerlo.

Índice de contenido

Cubierta

Donde se ocultan las mariposas

Dedicatoria

Al algodoncillo

Prólogo

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Segunda parte

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Tercera parte

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Epílogo

Nota de la autora

Sobre de la autora

Notas

*A mis queridos padres,
cuyo amor incondicional sentó todas las bases.*

Al algodoncillo

«¡Nadie te llama flor! No calumniaré
la suavidad satinada de tu semilla em-
plumada,
llamándote mala hierba no te profanaré,
de color armiño tus pétalos
son para coronar a una reina perfectos...
¡Ay de mí! Ya podría aquel que canta,
en esas alas tan aventureras y etéreas
sobre tierras lejanas y mares desconoci-
dos
llevar las oscuras semillas de sus pensa-
mientos,
pues, al florecer, los hombres dirán: ¡eh!
Mirad
esas malas hierbas de la canción... ¡no
son ni mucho menos ordinarias!».

Sonnets,
LLOYD MIFFLIN

Prólogo

Cuando la conocí, me pareció una joven curiosa, boba y mugrienta debido a que pasaba las mañanas en el jardín. Si no estaba entretenida al aire libre, siempre parecía abstraída con poesías tontas y no había nada que le gustara más que hacer preguntas de lo más perturbadoras. Con todo y con eso, incluso ya entonces me agradaba y creo que ella me admiraba. Pero su padre se enteró y dejó claro que yo no era un buen partido, poniendo de ese modo fin a nuestra amistad antes de que pudiera convertirse en algo más. No tardé en olvidarme de la señorita Charlotte Lamb. O al menos en convencerme de que lo había hecho.

Pasaron los años y, cuando volví a verla, había cambiado por completo. No solo su situación, que había pasado de ser privilegiada a lastimera, también había cambiado su esencia. O eso me pareció.

Otros la mirarían con malos ojos. Verían, tal vez, a una mujer vencida, casi humillada. Una mujer a la que apartar de un manotazo, como si fuera un gusano asqueroso. O un insecto al que aplastar. Hombres crueles que disfrutarían cortándole las alas hasta verla caer al suelo, desamparada.

A ojos de un observador más amable, se trataría de una criatura a la que despreciar en el peor de los casos y

no prestar atención en el mejor, pero desde luego no una a la que observar con expectación ni confianza. Ni presenciar, día a día, su transformación entre la mugre y el peso cargante de su entorno, sin marchitarse ni encogerse, sino abriéndose, convirtiéndose en el sol, el viento, la flor y la elegancia.

Yo, por supuesto, solo puedo observar desde una distancia segura para los dos. Para mí, que soy un hombre casado, un médico de cierto renombre, un caballero de prestigio en el lugar. Y para ella, cuya reputación no quiero manchar más si es que puedo evitarlo.

No obstante, mientras la contemplo entre los algodondillos, tengo que admitir que todos esos pensamientos se disipan. Solo pienso en ella.

Lo adorable que está; no es una belleza abstracta, sino acorde al paisaje, enclavada en una pintura con el resplandor dorado más puro por encima y un jardín de hierbas crecidas detrás, dorado, verde, morado; el paraíso y la tierra. Y en el centro, su figura inmóvil, que no me mira a mí, sino al horizonte lejano, donde el sol despliega sus dedos sobre las flores, sobre su piel pálida, su pelo, su vestido.

La luz se desplaza hasta mí y me quedo inmóvil, sin habla. Me embarga una intensa sensación de expectación y apenas soy capaz de respirar. Si no me muevo, la luz me tocará y me incluirá en la pintura. Si me aparto, si retrocedo a la sombra, estaré a salvo, pero no la veré cuando al fin eche a volar.

Dios mío, por favor, vigila mis pasos. Y bendice a la señorita Charlotte Lamb.

PRIMERA PARTE

«Esa cosa exquisita, la semilla del algo-
doncillo,
ofrecía abundantes entretenimientos.
La planta fue erradicada de nuestro jar-
dín con severidad,
pero se extendió a un campo contiguo y
proporcionó
a nidos de hadas diminutas almohadas
de seda plateada».

ALICE MORSE EARLE,
Old-Time Gardens



«Sangró mi soberano Dios,
murió mi Salvador.
Su vida quiso entregar
por mí, tan pecador».

ISAAC WATTS

Capítulo 1

«El algodoncillo común no requiere presentación. Todos los niños conocen sus bonitas vainas, las guardan como tesoros hasta que el lugar en el que se esconden se convierte en una masa de pelusas desorientadas e incontrolables».

F. SCHUYLER MATHEWS,
naturalista del siglo XIX

Charlotte Lamb, con veinte años, extendió su vestido más delicado sobre el arcón, deteniéndose para sentir el peso de la seda del vestido de baile azul cielo, su preferido, regalo de su querida tía Tilney. Con una última caricia, lo colocó encima de los demás. A continuación, tocaron los vestidos de paseo, los de noche y los de día, más alegres. Después, capas, sombreros y adornos para el cabello. Por último, los guantes largos, las enaguas y el corsé nuevo. El corsé, por supuesto.

Al volverse hacia el armario, que rápidamente había vaciado, posó la mano sobre un vestido de muselina liso de color gris. Estaba en un hilo por la zona de los codos y los puños. Lo dejó en la cama y entonces le vino un recuerdo a la mente y dejó de preparar las cosas; salió de la habitación y recorrió con calma el pasillo hasta el dormito-

rio de su madre. Al mirar alrededor y comprobar que nadie se había despertado aún, abrió la puerta haciendo el menor ruido posible. Entró; estaban las contraventanas echadas, así que las abrió para que la suave luz grisácea del amanecer iluminara la estancia. Se volvió hacia la puerta y la cerró. Se apoyó en los tableros de madera y cerró los ojos para deleitarse con la paz y la tranquilidad que siempre la embargaba en esa habitación. Hacía demasiado que no entraba allí.

Oyó un ruido que provenía de la casa parroquial, un sonido metálico, y se sobresaltó. Aunque no sabía por qué debería de temer que la encontraran allí. Probablemente se tratara de Tibbets, que estaría encendiendo el fuego. No creía que su padre se despertara hasta dentro de unas horas. A pesar de todo, pensar que pudiera haber alguien despierto fue suficiente para recordarle que tenía que darse prisa si quería salir sin llamar la atención. Se acercó al armario y abrió la puerta. Efectivamente, la ropa de su madre seguía allí. Rebuscó con los dedos entre los tejidos, encajes, terciopelos y sedas, pero no encontró lo que buscaba. ¿Acaso se habrían deshecho de ello su padre o Beatrice? Apartó los vestidos y miró en el fondo del armario, las zapatillas alineadas formando una fila cuidada. Atisbó algo marrón, se agachó y sacó algo arrugado del color de la arcilla que se había caído. Sacudió el sencillo vestido que se ponía su madre para cuidar del jardín.

Lo sostuvo bajo el brazo y deslizó los dedos por los libros que había en la mesita de noche. No se atrevió a tomar la Biblia de su madre, pues sabía que pertenecía a la biblioteca de la casa parroquial. Eligió, en su lugar, el pequeño ejemplar del *Nuevo Testamento y Salmos para señoritas*, ya que era más menudo y ligero. Se trataba de una edición bonita con una cubierta de tela con pájaros y flores bordados en seda e hilo metálico. Era un regalo de la hermana de su madre, y no pensó que a su padre le importara que se lo llevase.

Con una última mirada a las pertenencias de su madre (el cepillo y el peine, el colgante con el camafeo y el prendedor con la mariposa), salió del dormitorio y volvió con premura al suyo. Enrolló el vestido de su madre lo máximo posible y lo introdujo en una maleta de cuero. Luego metió el viejo vestido gris, los demás vestidos, las medias, las zapatillas, la ropa interior y un par de corsés cortos. Introdujo en una bolsa de viaje una capa, una bata, guantes y el Nuevo Testamento. En la sombrerera iban dos de sus sombreros a los que más uso podía dar. Los pañuelos y el poco dinero del que disponía estaban a buen recaudo en un ridículo que llevaría colgado de la muñeca.

Miró el arcón que contenía todos sus preciados años, su feliz y banal juventud, y cerró la tapa. Se detuvo un instante para ponerse un sombrero de viaje sobre el cabello castaño y rizado que llevaba recogido y salió de la habitación solamente con la maleta, la bolsa de viaje, el ridículo y la sombrerera, todo lo que podía acarrear. Bajó en silencio las escaleras y miró la bandeja de plata que había sobre la mesita del recibidor. La carta del día anterior seguía allí, sin responder. Les había escrito su prima para contarles la «feliz noticia» y reiterarles lo mucho que ansiaba que llegase «el gran acontecimiento de ese otoño». Beatrice había retorcido los bonitos labios que tenía y había dicho que le repugnaba leer sobre un asunto tan privado como ese, y más tratándose de una mujer de avanzada edad como era Katherine. Charlotte no había dicho palabra.

Se detuvo lo suficiente como para pasar los dedos por encima de la letra elegante de Katherine y el sello manchado de Londres. Tomó aliento y prosiguió. Casi había llegado a la puerta cuando oyó la voz de su padre en el salón.

—Entonces, te vas. —No era una pregunta.

Se dio la vuelta y lo vio al otro lado de la puerta abierta, sentado en el diván, junto a la chimenea. Llevaba el pelo canoso desarreglado, algo poco propio de él, y vestía

aún la ropa de dormir. Se le tensó la garganta y tan solo fue capaz de asentir. No sabía si su padre se ablandaría en este último instante. ¿Le ofrecería algún tipo de ayuda, unas palabras de despedida, de reconciliación, o al menos de arrepentimiento?

Habló con voz grave por lo temprano de la hora y con desdén.

–Mi único consuelo es que tu madre, que Dios la tenga en su gloria, no vive para presenciar este día.

El dolor la sobrecogió, a pesar de que no debería. Su padre ya le había dicho antes algo similar, peor incluso. En un intento por contener las lágrimas, Charlotte salió de la casa parroquial y cerró la puerta con cuidado. Caminó por el jardín, memorizándolo. Los setos cuidadosamente podados, a los que Buxley seguía dando la forma que tanto gustaba a su madre. Los parterres con flores exquisitas, de colores sabiamente mezclados, diferentes alturas y texturas variadas: espuelas de caballero, astilbes, acianos, campánulas, azucenas amarillas; Charlotte había tratado de cuidar de todo en memoria de su madre, al menos hasta ahora. Inspiró profundamente, otra vez, y saboreó la fragancia, más intensa por la condensación, de las violetas dulces y las escabiosas de color morado. No pensaba llevarse una flor, pues esta se marchitaría antes de llegar a su destino, pero entonces lo vio. Un algodoncillo marchito junto a las canastillas de plata, al que Buxley llamaba manto de la novia. ¿Cómo no lo había visto antes? Se dirigió hasta la flor y tiró del tallo con la mano que tenía libre, pero no cedió. Soltó las bolsas y la caja y lo asió con ambas manos hasta que se hizo con la flor, con raíces y todo. Pensaba dejar el jardín de su madre en un estado perfecto, pero ¿por cuánto tiempo? «¿Quién se ocupará ahora de tu jardín, madre? Imagino que Buxley lo intentará, pero no volverá a ser lo que era. Con los caballos y todo el trabajo pesado que soporta, el jardín sufre. Y Beatrice no entiende de plantas, como bien sabrás».

En un impulso nostálgico, Charlotte arrancó un puñado de florecillas moradas de la planta y se las llevó a la nariz. El olor era sorprendentemente dulce. Las metió en el ridículo. Tiró el tallo a la basura de camino a Church Hill. Miró por encima del hombro la casa parroquial blanca y atisbó una cara en una de las ventanas de la planta superior. Beatrice. Su hermana, con cara seria, no hizo gesto alguno de despedida. Cuando la joven se apartó de la ventana, también Charlotte se volvió y, por un instante, deseó haberlo hecho antes que ella. Dos minutos después, como tan bien sabía, se acercó el coche de postas.

–Hola, señorita Lamb –la saludó el cochero al detener a los caballos.

–Buenos días, señor Jones.

–¿Desea que la lleve al pueblo?

–Sí, gracias.

El hombre tomó el equipaje y la ayudó a subir.

–¿Otra visita a su tía? –Colocó la bolsa de viaje al lado de la joven.

Charlotte no quería mentir más de lo necesario.

–Su compañía me hace muy feliz.

–No me extraña. Su tía y su tío son buenas personas. No hay duda.

–Es usted muy amable.

Se aferró a la bolsa de viaje cuando el coche se puso en marcha. La pelliza gruesa la protegía del aire húmedo de la mañana y de las miradas curiosas, incluso del embaite de la despedida de su padre. No lloraría, ni en ese momento ni en ese lugar, pues podían verla personas a las que conocía y adivinar que se marchaba, no de vacaciones, sino que emprendía un viaje mucho más oscuro.

Cuando el cochero la ayudó a apearse en Chequers Inn, no tomó la diligencia hacia Hertfordshire que la hubiera llevado a la casa de la tía Tilney, sino la que se dirigía a Londres.